

## AUTORES INVITADOS

# Aproximaciones marxistas a la Edad Media, algunas cuestiones y ejemplos

*Marxist approaches to the Middle Ages, some issues and examples*

**Chris J. Wickham**  
*University of Oxford*

### Resumen

Este artículo analiza la contribución de los enfoques marxistas a la Edad Media en la historiografía reciente y sostiene que son mucho más importantes de lo que la gente admite, aunque cada vez están más implícitos. Argumenta que el hecho de su naturaleza implícita supone, sin embargo, una debilidad. En una segunda parte, analiza las formas en que podríamos comenzar a abordar el problema de la lógica económica del modo de producción feudal y sostiene que los patrones de equilibrio a largo plazo en las economías feudales han sido muy frecuentes a través de la historia.

Palabras clave: Modo de producción feudal, Edad Media, Lógica económica.

### Abstract

*This article discusses the contribution of Marxist approaches to the Middle Ages in recent historiography and argues that they are much more substantial than people recognise, although they are increasingly implicit. It argues that the fact of their implicit nature is, however, a weakness. In a second part, it discusses the ways in which we might begin to approach the problem of the economic logic of the feudal mode of production and argues that long-term equilibrium patterns in feudal economies have been very frequent in history.*

*Keywords: feudal mode of production, Middle Ages, economic logic.*

Los enfoques históricos marxistas casi siempre fueron polémicos, frecuentemente subversivos, a veces revolucionarios. Las aproximaciones marxistas a la historia medieval, sin embargo, lo son mucho menos. Existe una razón básica para eso: no se necesita ser muy de izquierdas para considerar injusto al feudalismo. Existe un número excepcionalmente pequeño de historiadores (a pesar de que existen) que piensan que la Edad Media fue un periodo bueno para vivir, especialmente si se era campesino, lo que normalmente era el caso de cerca del 90% de la población, que cae al 70% en áreas altamente urbanizadas (pero ser pobre en una ciudad era peor), y sube al 95% en algunas áreas como, en Europa, Escandinavia. Y poquísimos historiadores piensan que la razón fundamental por la cual la sociedad campesina era injusta no lo era en relación al hecho de que los excedentes producidos por los campesinos fueran apropiados por los señores, sino por el uso sobreentendido de la fuerza. Estas visiones no son polémicas ni siquiera entre la extrema derecha en los Estados Unidos: uno de los mitos fundadores de todos los americanos del Norte es el de que ellos se levantaron contra una Europa del *antiguo régimen*, que frecuentemente era caracterizada como «feudal» —la palabra fue popularizada, tal vez hasta incluso inventada— por Montesquieu para describir aquella sociedad. Sin embargo, esto no quiere decir que exista una gran historiografía explícitamente marxista *escrita* en realidad sobre la Edad Media. Me gustaría comenzar mi intervención con el por qué de eso. Voy a argumentar que, en verdad, el paradigma marxista es bastante influyente entre los historiadores, aunque eso no sea muy reconocido, y a pesar de que algunos problemas también resultaron de esto. Finalmente, pretendo exponer lo que me parecen las cuestiones llave para ser afrontadas por los investigadores, es-

pecialmente si ellos quisieran ser teóricamente más conscientes en el futuro de lo que frecuentemente lo fueron en el pasado, especialmente en el pasado reciente<sup>[1]</sup>.

De una manera muy general, Marx no estuvo muy interesado en la Edad Media, frecuentemente dejó la historia para Engels. Pero, como es bien sabido, en sus *Formen*, o «Formaciones económicas precapitalistas», parte de los (no publicados) *Grundrisse*, expuso un breve relato estructural de las economías precapitalistas, y eso ha sido ampliamente discutido y rediscutido en los últimos cincuenta años. La tradición engelsiana más tarde popularizó la idea de que habrían existido cinco estadios de desarrollo histórico, el «comunal primitivo», el modo de producción esclavista, el feudal, el capitalista y el socialista. Hubo mucho debate sobre otros modos, que parecerían plausibles a la luz de observaciones dispersas de Marx en cartas y otros escritos: el antiguo, el germánico, el eslavo y, por encima de todos, el modo de producción asiático. Estos modos parecían ofrecer maneras diferentes de explicar cómo se produjo el tránsito del comunismo primitivo, en el caso de los tres primeros, y en el caso del modo de producción asiático como una forma de explicar el fracaso de Asia en realizar la transición hacia el capitalismo o de explicar el fracaso en aquella región para ofrecer una alternativa posible a un modelo social que era claramente eurocéntrico. Esta tradición fue absorbida por el estalinismo, y hacia la segunda mitad del siglo pasado todo debate sobre esos estadios era un metadebate sobre el estalinismo. Esto, por otro lado, abrió un camino para la expresión abierta de versiones religiosas del marxismo, que alcanzaron su apogeo en Europa occidental en un momento althusseriano de los

1.- *Marxist approaches to the middle ages, some issues and examples*. Conferencia impartida en la Universidad Federal de São Paulo, Guarulhos (Brasil).



Campeños y vigilancia señorial. S. XIII, (Miniatura del Salterio de la Reina Mary. British Museum).

años 1970 —un momento tendencialmente antiestalinista, pero así mismo sujeto a la creación de reglas con respecto de lo que podría constituir un modo de producción y de la relación entre modo de producción y formación social, reglas que eran esencialmente interpretaciones teológicas de frases casuales de los padres fundadores.

Yo soy un historiador, no un filósofo y menos aun un teólogo, y a pesar de haber sido un estudiante de pos-doctorado a mediados de los años de 1970 y de haber tratado fielmente de entender a Althusser con mis amigos, nunca conseguí aceptar la indiferencia de casi todos los partidarios de ese tipo de estudio teórico ante el pasado en sí. Estaba mucho más cercano a historiadores como Rodney Hilton en el Reino Unido, o Guy Bois en Francia, o Robert Brenner en los Estados Unidos, que procuraban entender cómo funcionaba efectivamente la sociedad campesina medieval, cómo operaban sus estructuras y, de modo más general, cómo funcionaba la lógica económica del propio sistema feudal. En fin, no era posible tener una visión marxista del

pasado (como yo tenía y tengo) sin pensar que la lógica económica del capitalismo no era universal, y que, si no lo era, entonces en los periodos precapitalistas otra lógica debería haber existido en su lugar. Cómo se dio eso es algo que tendría que ser estudiado empíricamente, a pesar de que tal conocimiento empírico tendría que ser apoyado por la teoría, como en cualquier otra ciencia social. En verdad, fue lo que yo mismo procuré hacer; y volveré a este punto más adelante. Sin embargo el mundo cambió en cuanto lo hice, y ese es el primer punto que pretendo explorar aquí.

En la Historia Medieval, como en otras áreas de la historia, hubo un empequeñamiento de la carga ideológica del debate aproximadamente después de 1980, y aun más después de 1990. Las personas aun pueden ser tan duras unas con las otras, como lo fueron siempre, está claro, inclusive respecto a macro interpretaciones históricas, tal como, en los años 1990, se dio en el debate sobre la «revolución feudal» que pudo haber ocurrido o no en la Europa Occidental a la altura del año 1000. Pero

aquel debate, a pesar de tener ciertamente raíces estructurales en algunos argumentos marxistas tradicionales, y a pesar de haber tenido una significación simbólica considerable para algunos de sus participantes, no tenía prácticamente ningún contenido político explícito. Todo habría sido muy diferente dos décadas antes, como lo fue de hecho: el «debate Brenner» de final de los años 1970, sobre el papel de los conflictos de clase en la determinación de diferentes caminos para el desarrollo socioeconómico en las diversas partes de Europa después de la Peste Negra, que a pesar de estar esencialmente centrado en discordancias empíricas y estructurales, poseía una fuerte connotación política, y tanto los marxistas como los no marxistas que participaron en ese debate tenían interés en identificarse como tal<sup>[2]</sup>. La primera cosa a hacer aquí es tratar de identificar exactamente qué es lo que cambió.

Me parece que en la Historia Medieval, pero no solo en ella, existen cuatro elementos en esa transformación. El primero es que el mundo de los historiadores se volvió menos parcelado ideológicamente, por lo menos en la Europa Occidental, que conozco mejor, y en la que me voy a concentrar. Una década antes de las convulsiones en el Bloque oriental en 1989-1992, realmente hacia 1980, la lucha política fue purgada del interior de la academia, por varias razones. En Gran Bretaña, el ataque del gobierno conservador de los años 1980 contra los valores académicos minimizó un número sustancial de rivalidades internas; en Italia la repulsa contra el terrorismo y

2.- Para el debate sobre la «revolución feudal», ver las referencias citadas en C. Wickham, «Le forme del feudalesimo», en: *Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto Medioevo*, 47 (2000), pp. 15-51, en la p. 27, para el «debate Brenner», ver T.S. Aston y C.H.E. Philpin (eds.), *The Brenner debate*, Cambridge, 1985, que reúne las contribuciones, publicadas todas por primera vez en *Past and Present*.

una eventual percepción de que la revolución no era de alguna forma inminente condujo a un quietismo político entre los académicos, que duró una década o más; en Francia la muerte repentina o el eclipse de tantos gurús estructuralistas en 1980-1981 coincidió con la sorprendente elección de un gobierno de izquierda y el inicio de un mundo en el cual los compromisos pragmáticos de la política de poder pesaban más que las proclamas ideológicas que habían sido dominantes hasta el final de los años de 1970; y, en todos los lugares, la generación que había crecido en las barricadas universitarias en 1968 y después, conquistó sus empleos, envejeció, y —independiente de su visión política— pasó a ser vista como menos amenazadora por sus iguales más tradicionales. La única excepción importante en Europa fue España, cuya trayectoria posfranquista dejó un enorme abismo entre los intelectuales marxistas, generalmente unos más progresistas y otros muy tradicionalistas, algo que aún existe hoy —el marxismo mantiene influencia en sus universidades, incluso entre los medievalistas. Fuera de Europa eso también podría percibirse en países como India, Sudáfrica, Turquía, Brasil y Argentina, que poseen en su trayectoria algunos paralelismos con España. Es preciso señalar que yo no había percibido esa coyuntura en la época, y mi incursión más explícita en la teoría marxista en esa época fueron dos artículos sobre la caída del Imperio Romano, datados en 1984-1985 que, tardíamente y pasados de moda, pueden encontrar ahora<sup>[3]</sup>. Y fue eso lo que se vio: los artículos no tuvieron casi ningún impacto político. Fueron en general vistos como ejemplos neutros de análisis estructural, los lectores fueron amables, en lugar de entusiasmados o hostiles con respecto a su explícito contenido político —la

3.- C. Wickham, *Land and power*, London, 1994, pp. 7-75.

mayor excepción vino de países de lengua española. Lo mismo ocurrió verdaderamente con mi más reciente libro sobre el desarrollo socioeconómico de la Alta Edad Media, que presenté en un marco intelectual explícitamente marxista, para sorpresa de personas que yo conocía bien<sup>[4]</sup>.

Ese fue, en mi opinión el mayor cambio entre los historiadores; el colapso de la Unión Soviética contribuyó mucho menos, excepto en términos de moda. Yo no consigo pensar en ningún medievalista occidental cuya visión se haya visto alterada por ello, a pesar de ser eso diferente en los países inmediatamente implicados, huelga decir. De cualquier forma, ese enorme cambio tuvo implicaciones para los marxistas. Condujo al abandono inmediato de la mayoría de las versiones religiosas del marxismo que durante mucho tiempo habían obstaculizado versiones más críticas del paradigma —ese fue un cambio para mejor. Impuso a todo marxista serio la tarea de explicar un cambio tan repentino en términos marxistas (a pesar de que eso no habría sido tan difícil: como también comentó Eric Hobsbawm, para utilizar la terminología de Marx en 1859, los rápidos desarrollos de las fuerzas productivas representados por las ofertas a los consumidores y a las dos primeras generaciones de la revolución informática estaban, hacia el final de los años de 1980, en seria contradicción con las relaciones sociales de producción soviéticas, que se habían desarrollado para un momento diferente, el de la primitiva industrialización, y que se mostraban incapaces de cambiar)<sup>[5]</sup>. Y la moda no es irrelevante:

ninguna generación nueva de teóricos marxistas apareció en la mayoría de los países europeos durante los años de 1990. Pero, a pesar de todo eso, fue 1980 lo que marcó el mayor cambio; 1989 apenas confirmó la tendencia.

Un tercer elemento es simplemente que la propia historia económica y social comenzó a pasar de moda en los años 1980, por lo menos entre la vanguardia historiográfica, y nuevos movimientos, como la historia cultural, la historia de género y el análisis del discurso tenían mucha menos influencia de la teoría marxista, que siempre había sido más débil en esas áreas. Las personas dejaron de leer a Althusser o Poulantzas, entre otros teóricos franceses, y comenzaron a leer a Foucault, Derrida, Bourdieu —izquierdistas, ciertamente, pero no marxistas clásicos en cualquier sentido del término (a pesar de que, para ser justo, Derrida, irritado con el empequeñecimiento político de los años 1990, hizo lo que le fue posible para reinstaurar a Marx como un pensador posestructuralista en 1993)<sup>[6]</sup>. Entre los grandes pensadores marxistas del pasado, el único que mantuvo una gran influencia fue Gramsci, en parte por su notable inteligencia y originalidad, pero también porque, más allá de eso, fue un teórico de la cultura. Los historiadores sociales y económicos, alarmados con todo esto, comenzaron a unirse a pesar de sus antiguas enemistades y, en general, se han mantenido juntos desde entonces; la mayor parte ahora está entre una rama de la Historia económica y social que busca sus modelos en la Historia y otra que se ve como una rama de la Economía, lo cual incluye pocos medievalistas.

El cuarto elemento es tan importante

4.- C. Wickham, *Framing the early middle ages*, Oxford, 2005.

5.- Véase E.J. Hobsbawm, *The Age of Extremes*, London, 1994, pp. 496-9. Este punto —enfático como una cuestión separada por las ventas de recuerdos soviéticos— sostiene el aumento de la percepción de que todos los grandes hechos y personajes de gran importancia en la historia mundial ocurren, como si dijéramos, tres veces:

una vez como tragedia, la segunda como farsa y la tercera como mercancía.

6.- J. Derrida, *Specters of Marx*, New York, 1994, pp. 92-174.

como el primero, y los dos están relacionados: las explicaciones históricas se volvieron más eclécticas. Tomemos la historia económica de Inglaterra al final de la Edad Media como un ejemplo: el influyente libro sobre la comercialización de Richard Britnell, de 1993, puede situarse en un cuadro interpretativo de los factores de transformación económica que retrocede a Adam Smith, pero termina con un reconocimiento explícito de la importancia causal del énfasis de Marx en las desigualdades de riqueza y poder, y en su segunda edición quedó satisfecho por situar sus argumentos en el marco del debate sobre la «transición» marxista. El panorama sobre la sociedad inglesa publicado por Steve Rigby en 1995 colocó un gran peso en explicaciones malthusianas y especialmente marxistas: pero él las situó en un cuadro interpretativo más general, derivado de la teoría del «cercamiento» de Frank Parkin y de la sociología del poder de Garry Runciman, ninguno de ellos próximos al marxismo. El alza de modelos económicos sobre el periodo, de John Hatcher y Mark Bailey, de 2001, coloca un modelo malthusiano, otro marxista, y el modelo de comercialización en el mismo plano, y concluye diciendo que, dadas las complejidades del desarrollo socioeconómico real, nosotros deberíamos simplemente utilizar los tres. Fuera de la historia inglesa, Lorenzo Epstein, Pierre Toubert y Luciano Palermo muestran una variedad de fuentes teóricas semejantes para sus trabajos<sup>[7]</sup>. Ese eclecticismo tiene

7.- R.H. Britnell, *The commercialisation of English society*, 1ª ed. Cambridge, 1993, pp. 230-231; 2ª ed., Manchester, 1996, pp. 233-237; S.H. Rigby, *English society in the later middle ages*, Manchester, 1995, esp. pp. 1-14; J. Hatcher and M. Bailey, *Modelling the middle ages*, Oxford, 2001; S.R. Epstein, *Freedom and growth*, London, 2000, esp., pp. 49-52; T. Toubert, «Les féodalités méditerranéennes», in *Structures féodales et féodalisme dans l'Occident méditerranéen (X-XIII siècles)*, Roma, 1980, pp. 1-13, en pp. 3-4; L. Palermo, *Sviluppo economico e società preindustriali*, Roma, 1997.

una consecuencia importante. Tomemos un debate internacional a gran escala como aquel sobre la protoindustrialización: muchos de sus teóricos iniciales en los años de 1970 se expresaron en términos claramente marxistas, ciertamente, pero ahora no se trata solo de la pérdida de la carga ideológica, como señalé al comienzo, sino también de que necesitamos esforzarnos más para definir cuáles son los presupuestos fundamentales con que cada autor contribuye al debate, y en muchos casos nunca podremos tenerlos con certeza<sup>[8]</sup>.

Vivimos entonces una situación en que pocas personas que en Europa escriben actualmente sobre la Edad Media se expresan en términos marxistas, incluso en países como Italia y Francia, donde muchos de los historiadores en cuestión votan a partidos de extrema izquierda. Pero eso no quiere decir que las interpretaciones esencialmente marxistas hayan sido abandonadas. Realmente quiero afirmar justamente que, en la historia económica y social de la Edad Media, las ideas marxistas parecen lejos de estar muertas o moribundas, en realidad están en todas las partes. En cierto modo Marx simplemente se volvió un teórico social del pasado cuyas ideas pueden ser utilizadas, como Malthus, Smith, o Weber. Todos nosotros utilizamos los métodos de cada uno, al mismo tiempo en que rechazamos sus demostraciones empíricas; lo mismo se da con Marx. Pero Marx se mantiene como el más central de todos, en la práctica de la Historia Medieval ¿Por qué? Me parece que eso es porque, de los grandes teóricos sociales, Marx es justamente aquel que confrontó las realidades de la explotación y las analizó; como casi nadie que estudia

8.- Compare la problemática marxista general en P. Kriedte, H. Medick, J. Schlumbohm, *Industrialization before industrialization*, Cambridge, 1981, e.g. pp. 6-11, con las perspectivas en S.C. Ogilvie and M. Cerman (eds.), *European proto-industrialization*, Cambridge, 1996.

la sociedad o la economía medieval desea negar la realidad de la explotación de campesinos (o artesanos), se basan en Marx, o en autores influenciados por Marx, en sus paradigmas de comprensión básicos —para utilizar una expresión kuhniana<sup>9</sup>. Lo que ocurrió, sin embargo, es que estos fueron «normalizados». Nosotros olvidamos las imágenes de una guerra fría entre interpretaciones históricas marxistas y las «burguesas», luchando todo el tiempo, a pesar de los muchos préstamos mutuos, y a pesar del respeto personal que miembros de un campo sentían por los practicantes del otro (entre Georges Duby y Guy Bois, por ejemplo). En lugar de eso, conozco conservadores explícitos que utilizan categorías y modos de análisis marxianos, y algunos de ellos se dan cuenta, por lo menos en parte, de que es eso lo que están haciendo.

De cierta forma, es así como debería ser; la historia gana con el pluralismo, y pierde cuando sus practicantes simplemente gritan unos contra otros. De otra forma, es un retroceso. En parte porque la historia es mejor cuando tiene una «picadura», una arista incómoda, un hilo crítico. (La historia de género es el único ámbito que mantiene ese sesgo subversivo, y yo espero que continúe haciéndolo). Pero el retroceso de un debate explícitamente marxista también está ligado, y eso es más problemático, a un retroceso en relación a las aproximaciones teóricas pensadas detenidamente. Yo no estoy hablando de un rechazo a construir modelos, que existen en la mayoría de los casos en historia económica y social, sino de que los modelos representados hoy en día tienden a ser de un alcance teórico solamente mediano (o táctico). Las personas de manera general están mucho menos comprometidas en afirmar cuáles son sus pre-

supuestos más profundos, estratégicos, y a no ser que lo hagan nadie irá a interrogarlas sobre eso adecuadamente. El debate sobre la «revolución feudal» sufrió de manera inevitable de esta indefinición conceptual, exactamente por esta razón. Los historiadores normalmente defienden ese procedimiento a través de un ataque vigoroso contra las explicaciones monocausales para los cambios económicos. Lo cual está bien para mí; pero las causas también son jerárquicas, y tienen relaciones intersistémicas, que también necesitan ser exploradas. Las variantes sofisticadas del marxismo tienen ese tipo de elemento sistémico; es por eso que fueron poderosas, y es por eso que permanecen convincentes desde mi punto de vista. Más allá de eso, si el Marxismo es un paradigma en el sentido kuhniano, solo puede ser sustituido —si quieres hacerlo— por otros paradigmas, que puedan superarlo porque son capaces de explicar más anomalías y reunir más teorías de alcance medio en una estructura coherente, al igual que Einstein sustituyó la física newtoniana. A menos que seas teóricamente consciente, no podrás adquirir una consciencia de con qué paradigma estás actuando; y si no tienes esa consciencia, no podrás desafiar al paradigma. El pluralismo actual no me parece estar contribuyendo mucho para hacer esto; es un desafío que está siendo desperdiciado.

Ese es, entonces, uno de los mayores problemas con que nos enfrentamos en el presente: una falta de consciencia generalizada de las categorías conceptuales y sus paradigmas. Los historiadores tienden a evitar la teorización; esa es verdaderamente una de las características más distintivas de la disciplina. Pero es también uno de sus puntos débiles, pues el compromiso de los historiadores con la forma expositiva empirista muy frecuentemente esconde sus presupuestos teóricos no solo de otros sino

9.- T. Kuhn, *The structure of scientific revolutions*, Chicago, 1962.

también de los de ellos mismos. En consecuencia, los historiadores pueden caer en argumentos contradictorios, y, en general, corren el riesgo de ser incoherentes; enteros debates históricos dependerán, en algunas ocasiones, de presupuestos teóricos que son indefendibles, y que habrían sido vistos como tales si hubiesen sido expuestos de forma articulada. Yo escribí mi propio libro de economía altomedieval en parte por furia contra esa indefinición conceptual. En el libro, que cubre la historia de una docena de países en Europa y el Mediterráneo, la mayoría de los cuales había sido estudiado aisladamente hasta entonces, estaba preocupado por atacar principalmente los paradigmas implícitos y nacionalistas utilizados por demasiados historiadores, pero también es verdad con las herramientas básicas de análisis de la acción económica y social: además esas quedan demasiado implícitas. Hacer a los historiadores más conscientes de los paradigmas dentro de los cuales operan se presenta como un desafío crucial; si se considera el *habitus* de los historiadores las cosas siempre continuarán siendo como fueron, pero eso no es motivo para desistir de esa tarea, y puedo imaginar que yo, por lo menos, debo continuar esa batalla particular durante el tiempo que sea capaz.

Para la segunda parte de esta intervención, quiero ser más propositivo, y discutir algunas de las cuestiones cruciales que veo delante de una historiografía marxista teóricamente consciente de la Edad Media. Todas ellas se ocupan de un problema que me parece central para todos los historiadores de la Europa Medieval, también de Asia, y partes de África y América: cuál es la lógica económica del modo de producción feudal, y cómo esta lógica puede cambiar o no, en respuesta a situaciones de creciente complejidad económica. Para dejar claro por qué es que considero este el problema

central, presentaré aquí una cuestión básica, que todos los que no son medievalistas pueden tener en el fondo de sus mentes en cuanto me lean: ¿por qué es que a cualquier persona le gustaría saber más sobre el modo de producción feudal? Existen dos razones, a mi entender. Una es que uno de los objetivos de Marx era mostrar que las «leyes» económicas del capitalismo no son universales ni eternas, pero sí son específicas de un modo de producción. Pocas veces fue tan explícito en sus escritos, pero todos sus análisis de los modos pre-capitalistas asumen eso, como también, es evidente, su premisa y esperanza de que el capitalismo sería eventualmente superado. Marx también lo dice en algunas ocasiones, o por lo menos de una forma lateral, como en la segunda edición de *El Capital*, volumen 1, cuando cita extensamente la reseña (anónima) de la primera edición de I.I. Kaufman, originalmente en ruso, que dice que «en la opinión (de Marx) todo periodo histórico posee sus propias leyes»; Marx describió esta reseña como *treffend*, «impresionante» o «acertada»<sup>[10]</sup>. Teniendo eso en mente, me parece útil y tal vez hasta incluso importante desarrollar una imagen tan evidente como sea posible de las leyes económicas —yo prefiero el término *lógica económica*— del modo de producción no capitalista más sustancial y más duradero que jamás existió en la historia desde la aparición de las jerarquías de clase, o sea, el feudalismo. Esa es pues la segunda razón por la cual quiero discutir el modo de producción feudal aquí; en mi opinión, el feudalismo dominó casi toda la historia humana desde que aparecieron las sociedades de clase. Los sistemas basados en impuestos estatales o tributos que fueron tan comunes en tantos lugares, desde China hasta el Imperio Romano, has-

10.- K. Marx, *Capital*, I, trans. B. Fowkes, London, 1976, pp. 100-102; para *treffend*, K. Marx, *Das Kapital*, I, Berlin, 1947 (1867), p. 27.

ta el México azteca, se basaron todos por encima de todo en la extracción de excedentes de familias campesinas como productores primarios, así como lo fueron los sistemas de señorío en la Europa Occidental Medieval. Algunos de los otros autores que han argumentado que ese mismo modo de producción existió en áreas y periodos muy amplios, como Samir Amin y John Haldon, lo llamaron modo «tributario»; yo prefiero la terminología feudal, pero, más allá de eso las diferencias no son grandes. Discutí estos asuntos en otras ocasiones, y no me quiero repetir aquí, sin embargo mi punto principal es que, si todas estas sociedades en el Occidente Medieval, en Asia, y en otros lugares, pueden verse como parte del mismo modo de producción, tendrán por tanto la misma lógica económica subyacente<sup>[11]</sup>. Como funcionó esa lógica es por tanto un elemento necesario para burlar la historia económica de partes sustanciales del pasado; y eso es lo que hace que este asunto sea merecedor de estudio.

La lógica económica de un modo de producción incluye, es evidente, su dinámica subyacente, así como las maneras más inmediatas en las cuales productores, exportadores y consumidores reaccionan ante los riesgos, limitaciones, oportunidades, cambios en la disponibilidad y precios de los productos, y así sucesivamente. No hay una razón específica por la cual esa lógica debería ser la misma en sistemas económicos diferentes, como entre el modo feudal y el capitalismo. No quiero caer en la trampa del subjetivismo extremo, los argumentos de Karl Polanyi, y aun más los de sus segui-

dores, ni en los de las tradiciones marxistas más románticas, de que *ninguna* «ley» económica es universal, de forma que incluso la interacción entre oferta y demanda es históricamente contingente. Pero no me parece nada inadmisibles que la manera como la tecnología y el proceso de trabajo, de un lado (las fuerzas productivas en la terminología marxista) interactúan con la explotación y la resistencia, de otro lado (las relaciones sociales de producción de Marx), es dependiente de la lógica económica de modos específicos. Para empezar, la forma en que se explota el proceso de trabajo es estructuralmente diferente de un modo a otro. En el capitalismo, el capitalista controla el proceso de trabajo directamente y la realidad de la explotación de la fuerza de trabajo —juntamente con la posibilidad de que la naturaleza social de la producción pueda no requerir esa explotación— está oculta por la aparente naturaleza libre del contrato de trabajo; en el feudalismo, son los productores (normalmente las familias campesinas, a veces pequeños artesanos) que controlan el proceso de trabajo, y el excedente es extraído de forma completamente abierta, independiente de cuánto está justificado por ideologías locales. Dadas estas especificidades, durante mucho tiempo, he permanecido resistente a argumentos abstractos sobre como «El» modo de producción debe funcionar, ya si tiende a enfatizar las relaciones de producción (como en la tradición althusseriana, o en gran parte de ella) o si enfatiza la prioridad de las fuerzas productivas (como en el trabajo de Jerry Cohen)<sup>[12]</sup>. Al revés de eso

11.- Yo acostumbraba a ver la explotación basada en el impuesto y la basada en el señorío como modos diferentes, pero aquí cambié mi visión. J. Haldon, *The state and the tributary mode of production*, London, 1993, ha influido bastante en mi visión actual y es el mejor guía para ella. Él prefiere llamar modo «tributario», no feudal, aunque la diferencia aquí es solo terminológica.

12.-Para los althusserianos, ver B. Hindess y P.Q. Hirst, *Pre-capitalist modes of production*, London, 1975, pp.9-10; Étienne Balibar en L. Althusser and Étienne Balibar, *Reading capital*, traducido, B. Brewster. London, 1970, pp. 201-308, es menos explícito, aunque ciertamente argumenta en la misma dirección (e.g. pp.297-298). Para una visión opuesta, G. A. Cohen, *Karl Marx's theory of history. A defence*, Oxford, 1978, esp. pp. 134-174. Cohen

*asumiría*, como punto de partida, que diferentes modos de producción son diferentes, y aportaría semejanzas estructurales más adelante.

Voy a comenzar hablando con más detalle sobre cuáles son efectivamente las líneas básicas del modo de producción feudal, para que se pueda ver por qué los historiadores lo abordaron de forma diferente. Tiene como centro la unidad familiar campesina, o la familia de artesanos a tiempo integral o parcial. En la mayor parte de la historia humana desde que la agricultura sedentaria se desarrolló, la producción agrícola —mayoritariamente dominante hasta la Revolución Industrial— fue controlada por estas familias, en primer lugar para su propia subsistencia. En sociedades de clases los campesinos tenían que entregar parte de sus excedentes a poderes exteriores, bajo la amenaza de la fuerza. Estas partes eran variables, y dependían de la intensidad efectiva o potencial de la lucha de clases. Tales poderes exteriores podían ser Estados, extrayendo impuestos como tributos, o propietarios de tierras, extrayendo alquiler, o ambos. Los campesinos poseían la tierra, pero no siempre tenían derecho de propiedad sobre ella. El arrendamiento e incluso los impuestos, podían cobrarse en forma de trabajo en las tierras cultivadas directamente por el señor (su reserva señorial) o en carreteras públicas o diques, o podían cobrarse en productos (el modelo normal en todas las sociedades); solamente si los intercambios fuesen suficientemente complejos sería cobrado en dinero, pues los

ha sido criticado, por ejemplo, por R. Brenner, *The social basis of economic development* en J. Roemer (ed), *Analytical Marxism*, Cambridge, 1986, pp. 23-53, en pp. 40-47, y S.H. Rigby, *Marxism and history*, Manchester, 1987, esp. pp. 92-142, críticas de historiadores, que para mí, como historiador, funcionan. He discutido de manera parecida en «Productive forces and the economic logic of the feudal mode of production», en *Historical Materialism*, 16/2 (2008), pp. 3-22.



Faenas agrícolas. Detalle del libro *Las muy ricas horas del Duque de Berry*, S. XV, (Museo Condé, Chantilly).

campesinos tenían que ser capaces de vender sus productos sistemáticamente para conseguir el dinero para eso. Los intercambios podían ser altamente desarrollados, y los campesinos podían producir sustancialmente para el mercado, pero ellos tenían que asegurarse su subsistencia en primer lugar; cultivar solo para vender era prácticamente desconocido en el feudalismo, y de hecho fue rara hasta el siglo XX, incluso en el capitalismo. Estos son los modelos que podemos identificar difusamente en la historia de Eurasia, e incluso mucho más allá. Existían cuando los estados eran fuertes, como bajo los imperios Romano y Bizantino, y en el siglo XVI en Europa, y también cuando eran débiles, como en el Occiden-

te Medieval, mientras el poder señorial se mantuvo como dominante.

El modo de producción feudal también podía coexistir con otros modos. Estos podrían no ser explotadores, como lo que Marx y Engels llamaron «arcaico» o «comunal primitivo», en el cual la extracción de excedentes estaba ausente o era asistemática (en la Europa Medieval ese «modo campesino», como prefiero llamarlo, existió en gran parte de la Europa del Norte y, en lugares aislados, incluso en las antiguas provincias romanas de la Europa meridional; duró hasta el periodo moderno en partes de Escandinavia septentrional). Otros fueron explotadores, pero poseían diferentes relaciones de producción, el modo esclavista con la esclavización completa y la manutención de los productores primarios (sin embargo esto fue inusual en la historia, y fue el producto de condiciones especiales), y el modo capitalista, con su fuerza de trabajo asalariada, normalmente libre. Prácticamente el único legado duradero de la tendencia althusseriana en la historiografía marxista es el reconocimiento de que los modos de producción pueden coexistir, aunque solo uno de ellos dominará la lógica económica del sistema socioeconómico (la «formación social») como un todo. Mientras el modo feudal duró, lo que ocurrió durante milenios en algunos lugares, el trabajo asalariado, en particular, fue común; solo que la lógica de su uso fue dominada por los ciclos económicos del feudalismo. El dominio de las relaciones feudales únicamente acabaría cuando el campesinado comenzó a ser expulsado de sus tierras (o las hubieran comprado), y los grandes propietarios locales o aquellos que estaban en posesión de la tierra comenzaran sistemáticamente a *sustituirlos* por trabajadores asalariados, que es lo que Marx describió en *El Capital*, en su capítulo sobre la «acumulación primitiva», y que fundamenta su relato de la

transición hacia el capitalismo, junto con los procesos paralelos en la manufactura; una vez que la lógica capitalista pasó a dominar una determinada región económica, la transición estaba completa.

Ese relato es, todavía, no es específico en cuanto a lo que efectivamente era la lógica económica del modo de producción feudal; y debo admitir que aun no pasé de la mitad del camino rumbo a lo que sería una respuesta sobre cómo funcionaba esa lógica. Sin embargo, a mi modo de ver, lo mismo es cierto para otros relatos. El trabajo más sistemático sobre la teoría de los precios fue realizado, por ejemplo por Witold Kula o Luciano Palermo o Julien Demade —dado que los precios son más fáciles de tabular y analizar de lo que son otros elementos del sistema; el mejor intento de un análisis sistémico, el de Guy Bois, es muy específico para un lugar y periodo, la Normandía del siglo XIV<sup>[13]</sup>. Esa es, en verdad, la mayor tarea que tenemos por delante, en toda la historia económica del pre-capitalismo. Pero lo que expuse hasta aquí puede por lo menos ayudar a esclarecer el contexto en el cual podemos abordar ese problema. Aquí quiero desarrollar dos ejemplos separados del tipo de cuestión que debemos confrontar si deseamos tener una visión inteligible del funcionamiento interno del modo feudal: la relación entre fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, vista empíricamente —las discutiré en el contexto de la Europa del Medievo tardío; y la cuestión de cuanto tendió al equilibrio el modo feudal desarrollado, en vez del cambio social y la eventual desintegración— y,

13.- W. Kula, *Teoría económica del sistema feudale*, trans. B. Bravo y K. Zaboklicki, Turín, 1970, 1962; L. Palermo, *Sviluppo economico*; J. Demade, *Ponction féodale et société rurale en Allemagne du sud (XI - XVI siècles)*; Tesis de doctorado, Université Marc Bloch, Strasburg, II, 2004, esp. pp. 352-420 (las implicaciones de ese importante trabajo van más allá de la teoría de los precios); G. Bois, *The crisis of feudalism*, Cambridge, 1984, esp. pp. 391-408.

en este caso, quiero establecer una serie de comparaciones breves entre Europa y Asia.

La tradición anglo-americana de historia económica bajo medieval, Maurice Dobb, Rodney Hilton, Robert Brenner, enfatizaron todos o enfatizan, por encima de todo, la relación coercitiva entre campesinos y señores, la lucha de clases en cuanto a los derechos de propiedad y las rentas, y el marco en el cual se establecían las rentas. Ellos vieron la dinámica del feudalismo esencialmente en estos términos.<sup>[14]</sup> En Francia, Guy Bois, más estructuralista en el tono (criticó a Brenner por su «voluntarismo» y la falta de interés en las leyes del desarrollo del modo feudal, en el «debate Brenner» de los años 1970), vio, no obstante, en su trabajo sobre Normandía, a la lucha de clases como parte intrínseca de una tendencia medieval occidental general para que el lucro rural de los señores cayera en periodos de crecimiento, lo que fue un elemento central en su influyente discusión sobre la dinámica económica del feudalismo, en la cual —una vez más— los cambios tecnológicos y productivos raramente aparecieron<sup>[15]</sup>. En Alemania, la importante (incluso que intencionadamente abstracta) caracterización de la «Struktur und Dynamik» del feudalismo, de Ludolf Kuchenbuch y Bernd Michael, también dejó poco espacio para las fuerzas productivas (e incluso, a pesar del título, para las dinámicas del modo feudal, excepto en un breve pasaje sobre Bois al final del artículo), y ellos evitaron deliberadamente la propia imagen de las fuerzas productivas/relación de

producción<sup>[16]</sup>. Esencialmente, lo que todos estos historiadores argumentaron, o creían lo que sus fuentes les permitía suponer, es que el cambio tecnológico fue mayoritariamente marginal en el periodo medieval; de ahí, por ejemplo, que sucedieran las crisis de subsistencia de la Europa Occidental al inicio del siglo XIV. En el campo, en el mayoritariamente dominante sector agrícola, eran los campesinos y no sus señores los que elegían cómo cultivar su tierra, y cuando los señores conseguían intervenir en esa elección (como, nuevamente con trabajo forzado dirigido, o algunas veces con trabajo asalariado, por campesinos en la reserva de los señores), esta intervención se estableció con dificultad, y siempre tuvo la tendencia a quebrarse. En la historia medieval, las reservas se dividían fácilmente, entre tenencias de campesinos que pagaban solo rentas, y el proceso de trabajo volvió al control campesino. Y este dominio campesino de la producción tuvo un efecto negativo en la transformación tecnológica, pues los campesinos, en esta tradición histórica, eran considerados contrarios al riesgo y por lo tanto reacios a la innovación; cualquier desarrollo agrícola que requería la cooperación más allá de la familia era improbable, excepto para unos pocos avances a nivel de la aldea, y solamente cuando el dominio campesino de la producción se desarraigó fue cuando los avances tecnológicos fueron posibles.

Esta imagen del modo feudal cuya dinámica era esencialmente el conflicto entre campesinos y señores, debemos reconocer, ha sido desafiada en diversos sentidos, en años recientes. En Inglaterra, Richard

14.- M. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, London, 1946; R. Hilton, *Introduction to P. Sweezy et al, The transition from the feudalism to capitalism*, London, 1978, pp. 9-29, en pp 26-29; R. Brenner, *Agrarian class structure and economic development in pre- industrial Europe*, «Past and Present», 70, 1976, pp. 30-75.

15.- G. Bois, *The crisis of feudalism*; G. Bois, *Against the neo-Manthusian orthodoxy*, en *Past and Present* 79, 1978, pp. 60- 69 en p. 67.

16.- L. Kuchenbuch y B. Michael, *Zur Struktur und Dynamik der «feudalen» Produktionsweise im vorindustriellen Europa*, en *ibidem* (ed.) *Feudalismus- Materialien zur Theorie und Geschichte*, Frankfurt, 1977, pp. 649-761. Ese artículo se mantiene como el mayor análisis descriptivo del modo feudal.

Britnell y Chris Dyer, ambos influenciados por el marxismo, han argumentado, entre otros, a favor de un considerable desarrollo comercial en la Edad Media tardía, y a favor de una inversión productiva con un ojo en el mercado, por todas las clases sociales, incluyendo al campesinado, particularmente en sus estratos superiores (por ejemplo, en silos para un mejor almacenamiento, y caballos para el arado). El trabajo asalariado parece ahora haber sido el soporte principal de, según algunos, un tercio, según otros la mitad de la población de Inglaterra (y más en algunas áreas), a partir por lo menos de 1400, a pesar de no tener pasado de este nivel, por lo menos antes del siglo XVI. Para Europa como un todo, Larry Epstein generalizó a partir de trabajos de este tipo en una dirección más explícitamente marxista, enfatizando las innovaciones tecnológicas durante este mismo periodo, a pesar de ver como su amplia difusión por Europa fue obstruida por los costes de transacción, y también enfatizando el crecimiento de la protoindustrialización rural en muchos lugares. Estos historiadores no subestiman el desarrollo de las fuerzas productivas, por así decir (a pesar de no utilizar esta terminología), pero ellos también ven las relaciones sociales feudales como totalmente capaces de absorber tales desarrollos: «hasta un cierto punto el feudalismo prosperó gracias al comercio» según la expresión de Epstein<sup>[17]</sup>.

Este feudalismo tardomedieval comercializado, abierto a mucha innovación, inclusive para un campesino menos opuesto al riesgo de lo que algunas veces se afirmaba, es crecientemente diferente de la imagen aceptada hace poco tiempo, en los años 1970. Pero no hay nada en los escritores que

citó que diga que una economía más activa y abierta, con innovación tecnológica y una creciente división del trabajo, y elementos capitalistas en la industria rural y urbana, sea en si mismo contradictoria con una economía campesina y la explotación feudal. Los altos niveles de trabajo asalariado en Inglaterra no cambiaron durante dos siglos; permanecieron como un elemento estable de un sistema económico dominado por una lógica señor-campesino, feudal, como Dyer observó recientemente. Es verdad que cuando el trabajo asalariado se extendió aun más, y las plantaciones campesinas perdieron su dominio, lo que, como Bas van Bavel, ha mostrado, sucedió en una región particularmente activa del delta del Rin, ya hacia 1600, la transición al capitalismo estaba preparada para comenzar<sup>[18]</sup>. En la mayor parte de Europa, no obstante, para mas allá de Inglaterra y de los Países Bajos, incluso con toda esa comercialización, tal transición no ocurrió antes del siglo XIX. Se podría al menos decir que las relaciones sociales feudales fueron muy eficientes para bloquear, u obstruir, el desarrollo posterior de las fuerzas productivas en la mayor parte de Europa, si alguien quisiese hablar en términos de impedimentos. Pero también se puede decir que fueron solo los cambios en las relaciones señores-campesinos y la mayor y creciente capacidad de propietarios de tierras y productores arrendatarios de empujar a los hasta entonces campesinos hacia el trabajo asalariado, que caracterizaría a Inglaterra y a los Países Bajos, y no el mayor desarrollo de la fuerzas productivas en estos lugares, que solo comenzó después de la transición hacia el trabajo asalariado. Robert Brenner recién-

17.- R. Britnell, *The commercialisation of English society*; C. Dyer, *An age of transition?* Oxford, 2005 – para cada uno, esta es la única parte de sus extensos escritos sobre el tema; Epstein, *Freedom and grow*, o.c. p. 50.

18.- C. Dyer, *An age of transition?*, pp. 211-223; 245-246; Cf. R. Britnell, *The commercialisation of English society*, 2 ed., p.234; B. Van Bavel, «The transition in the low countries», in C. Dyer et al. (Eds), *Rodney Hilton's middle ages*, Past and Present, suplemento, 2, Oxford, 2007, pp. 286-303.

temente retornó a sus antiguas ideas, a la luz de esta nueva historiografía, y reafirmó su punto de vista de manera entusiasmada, siguiendo esta línea, yo, por lo menos, me contento con seguirle en este punto<sup>[19]</sup>. Se debe decir que ese es un debate empírico y no teórico; la relación estructural entre una expropiación del campesinado y el desarrollo de las fuerzas productivas inglesas o europeas será definida eventualmente por la investigación histórica. Mi preferencia por el punto de vista de Brenner, de que la transición fue motivada por un cambio en las relaciones de producción, como Marx describió en *El Capital*, está por lo tanto en gran medida basada en la fuerza de su perspectiva comparada europea, una perspectiva que incluso hoy en día se mantiene rara. Me parece que nadie va a avanzar en este tipo de análisis a menos que mantenga en mente una perspectiva lo más comparada posible.

Eso me conduce a mi punto final, muy general, sobre la forma en que funcionó la lógica económica feudal en el pasado, que es sobre la relación entre equilibrio y transición, entre continuidad y cambio. Una característica de Eurasia, de China pasando por la India y el Imperio Otomano, hasta las economías europeas, entre los siglos XIV y XVIII (en algunos lugares antes y también después), fue la producción y los intercambios de «alto equilibrio», caracterizados por un sector comercial y artesanal muy activo, con intercambios interregionales emergentes, incluyendo en algunas regiones altos niveles de urbanización y/o un alto nivel de trabajo asalariado, más allá de una ligazón íntima y duradera entre esa economía comercial y las estructuras del Estado; pero este sistema se había basado siempre en la explotación directa de campesinos que

controlaban el proceso de trabajo. Ese sistema era económicamente complejo, pero se encontraba en equilibrio, en el sentido de que no precisaba necesariamente cambiar estructuralmente<sup>[20]</sup>. Era el producto de desarrollos acumulados (inclusive en técnicas y otros aspectos de las fuerzas productivas) internos al feudalismo, que de todas formas se basaron en las relaciones de producción campesinas y que no estaban en contradicción con estas relaciones; se puede argumentar que fueron solo desarrollos contingentes, como el cambio en el papel del trabajo asalariado (como acabo de describir), y no por alguna diferencia estructural intrínseca, que empujaron a un pequeño sector de esta economía euro-asiática en la Inglaterra que caminaba hacia a una transformación industrial completa, el cambio del feudalismo al capitalismo. Inclusive, algunos historiadores argumentaron que el tránsito hacia el capitalismo dependió de factores casi casuales; el historiador de la economía china Kenneth Pomeranz es el mayor defensor de que fueron factores totalmente externos (principalmente los recursos del Nuevo Mundo) los que hicieron a Inglaterra, y no a China centro meridional, el núcleo de la revolución industrial. Para atestiguar esa afirmación, sería necesario saber más sobre la economía china del siglo XVIII de lo que yo sé; y tal vez serían necesarios más estudios, pues Pomeranz no consideró las relaciones sociales de producción, lo que me parece fundamental para la comprensión de cualquier periodo de transición. Sin embargo describió para China una economía comercial muy desarrollada

19.- R. Brenner, «Property and progress», en C. Wickham (ed.), *Marxist history - writing for the twenty-first century*, Oxford, 2007, pp. 49-111.

20.- Para «alto equilibrio» o «alto nivel de equilibrio», ver T. Raychaudhuri, «Mughal India», en T. Raychaudhuri y I. Habib (eds.), *The Cambridge economic history of India, 1*, Cambridge, 1982, pp. 261-307, en la p. 307. La expresión se encuentra en la forma «trampa de alto nivel de equilibrio», que reintroduce la idea de bloqueo, en M. Elvion, *The pattern of the Chinese past*, London, 1973, pp. 313-314, siguiendo a R.P. Sinha; yo eliminé eso.



Pago de tributos y pesaje de monedas. Miniatura del *Salterio de Canterbury*, 1150, (Trinity College Cambridge).

que estaba en equilibrio, en el sentido de no necesitaba conducir a la industrialización —como de hecho no sucedió<sup>[21]</sup>.

Acabará de caracterizar ese equilibrio, aplicado al Norte y Oeste de Europa. Pero para el Sur y el Este, el trabajo asalariado en los grandes talleres urbanos de tejidos italianos de los siglos XIII al XVI, a pesar de ser totalmente capitalistas en sus relaciones de producción, no fue contradictorio con la lógica feudal más extendida, como se puede ver más fácilmente en el alejamiento de propietarios de talleres y su retorno hacia la propiedad de tierras en el siglo XVI y más tarde, cuando la propiedad de las tierras pareció más segura, más rentable y más prestigiosa, resultando con el final de la supremacía comercial italiana en casi todos los campos. Igualmente, la protoindustria rural del inicio de la Edad Moderna en la Europa central y meridional no dio origen a la industrialización plena en ningún lugar, y la mayor parte de ella desapareció nuevamente cuando los emprendedores se refeudalizaron<sup>[22]</sup>. Y estos sistemas caracterizaron

también a Asia, de manera más marcada en la costa occidental de la India y en la cuenca del Yangtsé en China, sin que también necesitaran cambiar. Es verdad que una vez que los campesinos fueron expropiados y sustituidos por el trabajo asalariado rural en cualquier región, el desarrollo comercial, incluyendo los cambios tecnológicos, indudablemente ayudaría a tal región a cambiar su modo de producción feudal dominante al capitalista. Aun puede ser coyuntural que un sistema en equilibrio de alto nivel lo haya hecho, en lugar de, o antes de, algún otro, sin embargo la transición en ese momento se vuelve un proceso mucho más fácil de imaginarse. Y por otro lado, no obstante, esa transición no tenía que suceder de ninguna manera, y se puede argumentar que la norma fue que no sucedió.

Quiero concluir tratando estos sistemas de equilibrio de alto nivel, y no con la transición al capitalismo, porque me opongo a las teleologías. Mucha discusión sobre la economía de la Baja Edad Media y el inicio de la época moderna se dio en términos de «bloqueo del desarrollo» de la «trampa»

21.– K. Pomeranz, *The great divergence*, Princeton, 2000.

22.– Ogilvie and Cerman, *European proto-industrialization*,

e.g., pp. 232-327.

de los sistemas de alto nivel de equilibrio o, en la terminología de Marx, «grilletes» al desarrollo. Pienso que eso está errado, y, de hecho, una de las pocas cosas en que pienso que Marx estaba equivocado es en su tendencia a la teleología. Al igual que con Darwin y la evolución, no veo sistemas económicos, o incluso la dinámica de sistemas económicos, conduciendo «naturalmente» a algún lugar en especial; estoy en contra de interpretar uno cualquiera de ellos en términos de lo que se volvieron más tarde<sup>[23]</sup>. No quiero continuar una larga tradición de historiadores ingleses de la economía que buscaban solo factores particulares, cuales quiera que fuesen, que conducirían a la revolución industrial, al revés de buscar los elementos que hicieron funcionar a la economía en cualquiera de sus fases. Lo que pienso es que son las *personas*, las acciones de las fuerzas sociales, las que posibilitan el tránsito del dominio de un modelo hacia otro, una vez que las condiciones mínimas se hayan conseguido para esa transformación. Eso es verdad aun hoy; también fue verdad en el pasado —así, en el caso del modo feudal, hacia 1700 y tal vez ya en 1500 en varias partes de Europa (pero no en el 1100 o en el 800), con fechas análogas para China, después de que los cambios relevantes en las relaciones de producción *hubieran podido* haber ocurrido en muchos lugares. De la misma forma, pienso que si eso no hubiese ocurrido, entonces el equilibrio de alto nivel podría haber continuado durante siglos, combatiendo sin dificultades con sus contradicciones, si existían, una vez que las formas de reproducción del modo feudal eran tan creativas como las del capitalismo en nuestros días. Una vez que el cambio sucedió, las cosas fueron diferentes; el lado darwiniano de

Marx aparece aquí, con la lógica de la economía capitalista superando rápidamente a sus competidores. Sin embargo, una de las pocas cosas que nosotros sabemos con certeza sobre la lógica económica del modo de producción feudal es que tenía la capacidad de perpetuarse, durante milenios en algunas regiones. También poseía un gran dinamismo, pero su capacidad de perpetuación y adaptación a nuevas situaciones son igualmente impresionantes.

Quiero hacer una última observación como conclusión, sobre un problema ligado a la cuestión del equilibrio. La mayoría de los estudios actuales sobre las sociedades pasadas hechos por historiadores no se ocupan de transformaciones o transiciones estructurales de larga duración. Por supuesto, siempre habrá cambios históricos, y los historiadores no solo discuten eso en detalle como efectivamente quieren hacerlo; el estudio del cambio en el tiempo es una parte fundamental del atractivo de la historia para sus practicantes. Sin embargo, la mayoría de los cambios históricos en todos los contextos sucede en el interior de las estructuras sociales, económicas, culturales y políticas que permanecen estables, algunas veces durante largos periodos de tiempo: quiero decir, situaciones de equilibrio. Estas situaciones de equilibrio pueden ser, y frecuentemente son, analizadas por los elementos que las vuelven estables, al contrario de por los elementos que potencialmente las conducirían al cambio estructural. De hecho, un gran problema de cualquier análisis estructural completo y de gran envergadura, es que cuanto más completo más tiende a explicar la estabilidad, al contrario de las transformaciones potenciales; ese fue uno de los problemas con Althusser. Pienso que existen razones extrahistóricas para la reciente preocupación sobre las continuidades, por las cuales me siento menos convencido. La más

23.- Cf. W.G. Runciman, *A treatise on social theory 2*, Cambridge, 1989, pp. 449.

importante de estas es la acentuada decadencia de la creencia en una alternativa al capitalismo en un futuro próximo. Creo que solo ahora es cada vez más evidente que el análisis de las grandes transformaciones en la historia mundial en el último medio siglo fueron inconscientemente dependientes de la creencia de que el cambio futuro de las estructuras económicas y sociales también sería posible. Hablando como alguien que no cree que el capitalismo sea el único sistema económico posible en el futuro, solo puedo lamentarme por eso, al mismo tiempo en que observo su actual omnipresencia, incluso, sorprendente, en una época de crisis económica mundial. Por lo tanto, mi discusión sobre el equilibrio aquí debe

verse en un escenario en el cual el estudio de los cambios estructurales algunas veces parece pasado de moda; enfatizar en el equilibrio es, de pues, en la coyuntura actual, casi demasiado fácil. Sin embargo lo mínimo que debemos hacer es reconocer, empíricamente, la fuerza considerable de situaciones de equilibrio en la historia, la tendencia documentada para que continúen sistemas socioeconómicos totales, de una forma que se autoperpetúa, frecuentemente por centenares de años. Si reconocemos eso, y estudiamos cómo se produjo, también podemos ser capaces de identificar las formas en que estos enormes sistemas pueden, al final, transformarse de una lógica económica a otra.